

SOBRE LA LITERATURA FANTÁSTICA Y ALGO MÁS

Por DARIÓ FERNÁNDEZ-FLÓREZ

UNA noche de 1937, tres jóvenes escritores argentinos, J. L. Borges, S. Ocampo y A. Bioy Casares, hablaban de literatura fantástica, discutiendo los relatos que a cada uno de ellos parecieran mejores. Después, pasado ya un tanto el calor dialéctico de la plática, uno de ellos propuso reunir en un volumen los cuentos comentados, agregándoles algunos fragmentos anotados en sus particulares cuadernos. El resultado ha sido una preciosa y caprichosa antología de la literatura fantástica, triplemente subjetiva y hedónica, que me llega entre estos libros argentinos tan apetitosos que amenazan ya seria y justificadamente al libro español, harto adormecido en la comodidad de las traducciones de obras que fueron más o menos célebres en los grandes hoteles europeos, o en los *wagons lits* de los no menos grandes expresos de una pobre Europa que ya no tiene ni grandes hoteles ni grandes expresos, sino no menos grandes mercados negros, último sucedáneo, al parecer, de la propaganda editorial para lectores bobalicones.

Desde que en el siglo XVIII Horacio Walpole publicó su inocen-

tón *Castillo de Otranto*, la literatura fantástica ha evolucionado y aumentado sin cesar. La decrepitud teutónica de las viejas torres almenadas, las noches tormentosas que abrían las lívidas heridas de un cielo despelado por el látigo de los relámpagos, el rumor sordo de unas cadenas arrastradas por agitados fantasmas y el revoloteo de sedientos vampiros, fueron comparsas incluíbles y pertinaces de estas ficciones literarias que hoy perduran en un tipo de películas de gran aceptación popular.

Después, Poe y Maupassant ennoblecieron el género, y Wells introdujo elementos realistas que produjeron una típica y sorprendente paradoja, que trataba de cifrarse mediante claves falsamente científicas en aquellos lustrós portentosos y felizmente ingenuos que creyeron en las letanías de la ciencia y del progreso con mayúscula, después de haberle suprimido esta pobre mayúscula, tan trajinada a la palabra rousoniana *naturaleza*.

Citados ya algunos nombres insoslayables, a los que es de justicia añadir el de Hoffman y el de Chesterton, el de Max Beerbohm y el de Kafka, entre otros que, manejando la fórmula, siento no recordar, quisiera despegar brevemente de la base concreta que es esta divertida antología para navegar cielos más vagos, más nubosos y personales. Porque el tema de la literatura fantástica no es otra cosa que el umbral del gran tema de la creación literaria, del relato novelístico, tanto del apretado en las escasas páginas de un cuento como del que fluye los rápidos y los meandros de su cauce por la copiosidad narrativa de un *roman fleuve*. Y en este gran panorama de la novelística todos los paisajes parecen agostados, mustios, faltos del fresco rocío matutino, del calor meridiano y del misterio crepuscular. Todo ha sido ya tan usado, todo padeció el trajín y el sobo de tantas imaginaciones, que hasta pudiera fallar el estremecedor consejo del anciano entre los ancianos; de Herodoto: «Recomenzar siempre.»

Recomenzar no es, ni mucho menos, repetir. Repetir, repetir, es lo más pavoroso para el espíritu, aun cuando éste caiga con gran frecuencia en el dolor de la reiteración accidental. Todos, in-

cluso los espíritus más primitivos, incultos y elementales, aspiramos a la originalidad, la más pertinaz e inlograda de las esperanzas. Pero ¿dónde se halla lo nuevo? ¿Por dónde se puede recomenzar la gran aventura de la novedad? Porque el arte sí que hace precisa la revolución permanente, y Gauguin tenía razón al asegurar que aquí sólo hay revolucionarios y plagiarios. Mas ésta es una revolución que, como la mayor parte de las revoluciones, ha de terminar, para lograrse, en un nuevo orden y en una calidad por lo menos tan noble y tan alta como aquella tradicional que hubo de abandonar para lanzarse a la aventura.

«Madame Bovary soy yo», aseguró un día con aparente exageración Gustavo Flaubert, oscilando tal vez sus enormes bigotes galos y moviendo su poderoso corpachón. El hombre, pues; he aquí el principio indudable, el tema siempre joven de todo relato, de toda ficción. Pero el lector persigue en la novela un doble y antinómico objeto: evadirse de sí mismo y hallarse a sí mismo. De aquí que, en la literatura fantástica, el ansia de evasión se acentúe, y al acentuarse se convierta ya en un juego, en un deporte, que es el término estancado de la novela policíaca. Problema, juego, lucha, en fin, una verdadera partida entre lo organizado y lo turbulento.

Por el contrario, en la auténtica novela los personajes han de ser vivientes; tan vivientes que puedan rebelarse contra el autor, como en Unamuno o en Pirandello. Y para que estos personajes sean vivos han de lograr una concordancia entre la creación del autor y el deseo del público, que varía con los ambientes y con las generaciones. Porque hay, en la novela puramente novela, una infranqueable sima que separa este mundo imaginario del mundo cotidiano de los días apremiantes, exigentes. Y el lector es siempre un espectador; un hombre que asiste al espectáculo de la rutina destrozada y deshecha por la imaginación que se hace relato.

Repetidamente se ha afirmado el carácter antisocial de la novela. Es una afirmación atrevida que se mantiene débilmente sobre la tendencia de los novelistas a escarbar siempre las miserias de

la sociedad que utilizan, incluso movidos por las más puras intenciones de amparar esta sociedad que socavan al exhibir sus virulentas lacras. Con los buenos sentimientos se hace generalmente mala literatura, se ha sostenido con cierta razón. Mas esta culpable tristeza, esta acedia de la creación novelística, ha llegado ya, a mi modesto entender, a morderse la cola.

Yo me permito no creer en «el suicidio de la novela». El hombre actual, cierto es, piensa preferentemente, pero no sólo, en la historia. El análisis, la vida interior no fenecerán, y mientras existan vivirá también la novela. Lo que sucede es que vivimos una inquietud subterránea, claramente exhibida en la novela actual, de un signo clamorosamente religioso.

Las cuitas de Madame Bovary, como las cuitas del mozo Werther, nos tienen sin cuidado y se nos hacen penosas cuando el oficio nos obliga a recorrerlas con impaciencia. La despistada madama y el guapo y pelmazo joven se hallan totalmente alejados de nuestro pensamiento, de nuestro problema, que es un problema de búsqueda, de estabilidad religiosa.

Por el contrario, el proustismo agoniza, pero mientras agoniza envenena muchas plumas creadoras, dando lugar a epígonos tan estremecedores como ese *Ulises*, de Joyce, que, para mí, es el pretendido asesino de la auténtica novela. La monstruosa montaña del pensamiento amenaza desplomarse sobre el fresco prado de la imaginación, y el monólogo interior es la droga que paraliza el vuelo ansioso de la pluma. Si el pensar lograra dominar por completo al ser, el arte adolecería inmediatamente de anemia perniciosa.

Mientras algunos escritores crean que para ofrecer al lector un auténtico hortera es preciso, como hizo Máximo Gorki, estudiar cien o doscientos horteras, la novela no salvará su crisis actual. Y mientras los personajes se nos dibujan observados desde un único y exclusivo punto de vista, mientras nos resulten tan conocidos y familiares, no se crearán figuras universales completas.

El personaje, pues, debe ser sustituido por el hombre. Por un

hombre que nazca del autor, pero que no sea tan sólo el autor, ni siquiera uno de sus amigos de café. Y ello sólo se logrará —estemos seguros, absolutamente seguros— cuando esta inquietud religiosa que aflora sin cesar en casi todas las novelas de nuestro tiempo, ordene la sociedad, consiga un estilo firme, colectivo, en el que todo se nutra de una fe estable, equilibrada, que jamás debe exhibirse propagandísticamente por medio del arte, mas que alienar en todas sus nobles creaciones.